

ALFREDO LUZI  
PERSPECTIVAS ACTUALES DEL METODO  
SOCIOLOGICO: lo literario y lo social  
(Versión española de M. Dolores Ramírez Almazán)

*Un poco de historia.*

La imposibilidad de hacer referencia a un sistema crítico compacto es la mayor dificultad a la que uno se enfrenta cuando se pretende utilizar con finalidades didácticas los elementos de la sociología de la literatura. Esta disciplina presenta, desde el punto de vista sincrónico, un amplísimo abanico de propuestas diversas, derivadas de posturas filosóficas claramente diferenciadas y, desde el punto de vista diacrónico, rápidos cambios de estatuto epistemológico que alteran continuamente su fisionomía metodológica.

Si se deja de un lado una cierta atención a la importancia social del hecho literario observable en la cultura europea de sello romántico o post-romántico, los primeros indicios de una sociología de la literatura se pueden localizar en el momento en que la gnoseología positivista (aunque cargada de las limitaciones propias de un sociologismo determinista) aspira a presentarse como sistema clasificatorio de lo real. Entre el estudio sociológico en el ámbito literario y los cambios estructurales de la economía política (y, por tanto, de la condición social colectiva), se instaura una especie de interdependencia: a medida que el hombre de letras o de cultura se hace consciente de la distinción entre objetividad del desarrollo social y creación estética, se hace más precisa la noción de la complejidad de las relaciones entre arte y sociedad.

Desde esta perspectiva, la aportación del pensamiento marxista ha sido determinante. En la dialéctica histórica, el fenómeno artístico o literario, entendido como momento de la superestructura, desempeña un determinado papel en el juego de la acción y reacción que se desarrolla dialécticamente entre factores diversos, factores cuya constante estructural resulta ser, sin embargo, el movimiento económico. Sacando a la luz los vínculos heurísticos entre estructura y superestructura, Marx y Engels recuperaban para el hecho literario su carácter de producto, como resultado final de una génesis material y formal que tiene sus propias leyes de funcionamiento en el ámbito de la teoría del trabajo y de las relaciones de producción.

Liberada del baño de metafísica y de individualidad ontológica en el que la había sumergido la filosofía romántica, la *manufactura* literaria es estudiada como labor *social* de la consciencia humana, puesto que son "los hombres quienes hacen

su propia historia en un ambiente determinado que la condiciona, no obstante, en función de las relaciones reales preexistentes, entre ellas, las relaciones económicas"<sup>1</sup>, tal como afirmaban Marx y Engels en sus trabajos sobre el materialismo histórico.

Este nuevo interés hacia la literatura como *proceso social*, presente sólo ocasionalmente en los escritos de los teóricos del marxismo, muy pronto sufre, a causa de la "razón de estado", una distorsión pragmática y una limitación histórico-cultural. Con Plechanov y Mehring, pero sobre todo con Zdanov, el pensamiento estético marxista inicia una fase de dependencia de las razones políticas, paralela a la concepción estalinista del poder, con el allanamiento de los altos niveles de la superestructura que será duramente criticado y desmantelado por la reflexión filosófica de Lukacs. En su análisis de la sociedad dividida, el estudioso húngaro recupera el valor de la dialéctica como dinámica entre teoría y praxis y considera que la creación literaria, en tanto que expresión de la *totalidad* de la experiencia individual y colectiva y en tanto que reflejo del proceso histórico unitario (aun siendo complejo y contradictorio) puede reintegrar el equilibrio entre historia y consciencia. Ésta tiene una validez estética propia si expresa un paso real del movimiento, "si justamente representa ese proceso dialéctico en el cual la esencia se convierte en fenómeno... Por lo tanto, el arte auténtico siempre representa la totalidad de la vida humana, en su devenir, en su desarrollo"<sup>2</sup>. Lukacs desarrolla la teoría de la obra literaria como "reflejo dinámico y crítico de la realidad" proponiendo un concepto de *realismo* que, de poética historicista tiende a transformarse en estética, a través de la adopción del concepto de *tipismo*: categoría no totalmente definida y, sin embargo, asumida, como ya había sucedido en Engels, como síntesis de la relación entre ideología del autor y representación de la realidad. Queda claro que en Lukacs el juicio de valor, en la definición del tipo como presupuesto, no es verificado más que en la perspectiva de una hipotética progresividad histórico-política del texto literario, del mismo modo que, generalmente, el problema de la ideología aparece limitado a los contenidos de una obra, más que localizado en el lenguaje que la transmite.

La consecuencia de esta actitud crítica es la revalorización de la prosa, más concretamente de la novela, respecto a la poesía y un interés constante hacia fenómenos literarios relacionados con la continuidad de la tradición, más que con los movimientos de ruptura y de protesta, como los movimientos vanguardistas.

La propuesta de superar el *impasse* lukacsiano de la relación entre contenido y forma es realizada por Goldmann en su referencia al concepto de estructura (por una parte elaborado por la psicología de Piaget en relación con la estratificación individual y, por otra parte, elaborado por la antropología cultural, en relación con los

grupos sociales). Puesto que para Goldmann el sujeto de la creación cultural en el pensamiento dialéctico no es el individuo, sino el campo de relaciones intersubjetivas dentro de las que los individuos se mueven en el ámbito de la organización social, se deduce que "la relación esencial entre la vida social y la creación literaria se refiere exclusivamente a las estructuras mentales, o más bien a lo que podríamos llamar categorías, que organizan al mismo tiempo la consciencia de un determinado grupo social y el universo imaginario creado por el escritor"<sup>3</sup>. Por lo tanto, desde el punto de vista del método, el problema de la comprensión y de la interpretación del texto literario consistirá en sacar a la luz las *estructuras significativas* (las homologías) al nivel de las estructuras categóricas, independientemente de los contenidos.

Es indudable que Goldmann, al introducir las *categorías de consciencia global y consciencia posible* y al precisar que la obra literaria puede afectar en mayor profundidad a la segunda (más dinámica) para modificar la primera (grado definitivo de adecuación a la realidad), afronta de manera completamente distinta a la de Lukacs la cuestión de la *tendenciosidad* del arte y su relación con la ideología. Y, sin embargo, permanece bastante oscuro, sobre todo desde el plano teórico, el concepto de homología estructural, mientras que me parece resuelto de forma excesivamente esquemática el problema de la subjetividad en la obra literaria.

En la escuela de Frankfurt una vez más el punto de partida se sitúa en la definición del proceso de pérdida de la consciencia que acompaña al fetichismo de la mercancía y que Lukacs y Goldmann estudiaron como temática recurrente en la narrativa moderna: la reificación.

Pero se invierten completamente los términos del problema desde el momento en que la obra literaria deja de ser entendida como reflejo de la dimensión sociopolítica y pasa a ser un "locus resistantiae", una forma enfrentada a lo real, mediante la promesa utópica y al mismo tiempo configurada, de un mundo completamente diverso. Concretamente, Adorno otorga a la función estética un papel importante para la inserción dinámica del pensamiento negativo, dentro de las estructuras sociales que una sociología anteriormente afirmativa y totalitaria ha hecho estáticas. Llega a afirmar que "nada de lo social en el arte es inmediatamente social, incluso allá donde aspira a serlo" y que "lo social en el arte es su movimiento inmanente contra la sociedad y no su toma de posición manifiesta"<sup>4</sup>. Esta función revolucionaria del arte en lo social puede ser localizada en toda la literatura de vanguardia, que intentando recuperar el arte al valor de uso, realiza "el esfuerzo de superar el poder de los hechos sobre el mundo, de hablar un lenguaje que no es el lenguaje de aquellos que establecen los hechos, imponen la obediencia y extraen provecho. La dialéctica y el lenguaje poético se encuentran en el mismo plano. El

elemento común consiste en la búsqueda de un "lenguaje auténtico", el lenguaje de la negación"<sup>5</sup>.

Si el filón lukacsiano-goldmanniano fomenta el estudio de la génesis de la obra literaria como lugar donde el autor transmite su experiencia vital, la escuela de Francfort tiende a ver el texto literario como una estructuración lingüística concreta. En este sentido resulta útil observar cómo, aunque partiendo de los mismos presupuestos teóricos y filosóficos, las propuestas críticas que acabamos de señalar llegan a conclusiones sobre la función social del arte totalmente distintas.

Ha actuado desde otra perspectiva, dirigida durante años por Robert Escarpit, la escuela de Burdeos. De hecho, propone una sociología del libro, admitiendo como punto de partida que el libro, en tanto que objeto social, tiene una relevancia y una incidencia sobre el sistema económico. Renunciando a todo juicio de valor y en parte, escapando al problema de la especificidad literaria, Escarpit se propone estudiar el libro como un producto inserto en un circuito de intercambio de estructura colectiva: se parte del análisis de la producción editorial para llegar al de los centros de venta y lectura. El estudio, estrictamente fenomenológico, se centra en tres elementos fundamentales: la sociología de la producción, la sociología de la distribución y la sociología del consumo.

Sin embargo, en estos últimos años el horizonte de los estudios de tipo fenomenológico-cuantitativo se ha situado sobre mecanismos que ligan un determinado grupo social con la estructura del poder y sus instituciones.

Bastará aquí hacer referencia a los estudios de Bourdieu, que recurre al concepto de *bien simbólico* (igualmente útil al capital en la transmisión elitista de un cierto tipo de cultura) y al concepto de *homologación* como reconocimiento de la clase dominante para acceder a los distintos niveles de la escala social. Bourdieu, utilizando la noción de *campo* (derivada de la sociología y de la antropología cultural) analiza mediante los mecanismos de producción, el problema de la articulación del sistema literario en el sistema social y de su sumisión ideológica al campo del poder.

Al estudio de los condicionamientos socioeconómicos que actúan sobre la circulación y el consumo de los bienes culturales se ha dedicado Jacques Dubois, que propone un análisis *institucional* de la literatura. Resaltando el hecho de que los sociólogos de la literatura han elaborado sus teorías partiendo, bien de la idea de una actividad literaria autónoma y poco ligada a la estructura, bien de un concepto de *literaridad* funcional sólo como cierto tipo de producción textual, Dubois insiste en la operatividad metodológica del estudio de la literatura como institución, puesto que permite superar la separación habitual en los estudios de sociología de la literatura, entre análisis del texto y sociología del libro.

Pero si, por una parte, destaca en los estudios de sociología de la literatura esta apertura hacia la idea de literatura como organización social (constituida por personal, capitales, normas y gestión económica), por otra parte, se ha continuado el estudio desde el plano de la génesis de la obra literaria que parte de las características de la comunicación lingüístico-social y de los mecanismos que determinan la producción (entendiendo ésta como proceso dinámico en el que convergen fuerzas diversas y a través del cual el sujeto individual se hace escritor), aunque sin descuidar el análisis de la recepción como cruce de la comunicación textual con el estado cultural de un público que reacciona de manera diferenciada y condicionada por una serie de variables sociológicas, en un juego entre subjetividad y objetividad que puede considerarse casi re-creación colectiva de la obra literaria.

En este sentido, siguen siendo fundamentales los estudios de Harnol Hauser (concretamente los tres volúmenes de la *Sociología del Arte*), los estudios de Macherey sobre la teoría de la producción literaria y las investigaciones de Koeler.

Ciertamente, no resulta suficiente este mío breve *excursus* para trazar un cuadro suficientemente amplio de la variedad de propuestas y de movimientos que caracterizan el accidentado mapa de la sociología de la literatura. Sin embargo, podríamos encontrar algunos puntos de convergencia. En primer lugar, la utilización de los instrumentos sociológicos presupone la caída de toda interpretación idealista y metafísica de la actividad literaria que, sin embargo, pasa a ser entendida como hecho social, que pasa a ser analizada en su relación dinámica con la sociedad, en sus recíprocas interacciones e influencias. En segundo lugar, desde un punto de vista más estrictamente didáctico, es indudable que el intento de trabajar sobre un conjunto formado en su totalidad por un binomio (concretamente literatura-sociedad) y no sobre mónadas conceptuales, ha contribuido en gran manera a liberar los estudios literarios de un cierta forma de inmovilismo interpretativo estético y, al mismo tiempo, ha aumentado la tasa de incidencia de trabajo crítico en el tejido sociopolítico, iniciando la síntesis entre teoría y praxis que es el punto y final de todo profundo proceso de integración cultural.

#### *La sociología de la literatura hoy.*

Esquemmatizando y quizá simplificando excesivamente, podemos decir que todas la hipótesis situadas en el núcleo epistemológico de la sociología de la literatura han desarrollado dos fundamentales líneas de interés: una, que privilegia el momento de la elaboración textual en la que convergen ciertas formas de sociología del autor y de semiología atenta a las componentes sociológicas de la organización del discurso literario; y otra, orientada al momento de la recepción y de la estratificación de las clases sociales, localizable también en la lectura. De todos modos, en ambas

tendencias el punto de partida de la investigación presupone como término *a quo* la escritura concebida como dato esencial de la textualidad literaria y como medio de comunicación social.

Pero precisamente, el hecho de colocarse en un punto de convergencia entre campos de conocimiento muy diversos y su referencia a un concepto dinámico de literatura han supuesto para la sociología de la literatura una dificultad más a la hora de alcanzar una estabilidad disciplinaria y un reconocimiento teórico. Aún más, tras los años setenta, cuando la sociología de la literatura había encontrado su momento de homologación cultural también en Italia (si bien de forma más bien anómala, porque parecía encontrar soportes, quizá presumibles y ocultos, en la protesta del 68 y en la subversión profunda de las relaciones entre lo real y lo imaginario) la disciplina conoce, también en el ámbito académico, una crisis de intereses y de operatividad heurística. Probablemente esta crisis fuera debida al hecho de que al desconocer la utilización de los instrumentos semióticos necesarios para abordar el texto literario, se aferraban preferentemente a investigaciones de carácter semanticista o lecturas ideológicas que, de todas formas, no salvaban la distancia entre la *historicidad* (individual y colectiva) del autor y la *génesis* de la escritura literaria.

Por muy extraño que pueda aparecer, considero que la sociología de la literatura se ha revitalizado gracias a los estudios de la semiología, disciplina ya liberada de una perspectiva platónica totalizadora y ahora atenta a la relevancia social de los signos mediante los que se estructura un sistema cultural y, particularmente, el sistema literario.

Por lo tanto, si por una parte, tal como sostiene Corti, "el punto de vista semiótico presenta la ventaja de crear una red de relaciones entre los signos de la serie literaria y los de otras series" <sup>6</sup> (garantizando para el texto literario su doble naturaleza de objeto simbólico y de testimonio histórico), la sociología de la literatura se hace indispensable en el conocimiento de las series sociales en las que lo literario se localiza, así como en el análisis de la relación entre sistema literario y estructuras económicas e ideológicas de la sociedad. Por otra parte, remitiéndonos a la teoría de la comunicación y concibiendo la literatura como sistema independiente y, al mismo tiempo, formado y modificado por el sistema social y por la historia, resulta necesario afrontar el problema de la inserción del proceso comunicativo, tan complejo como el literario, en el conjunto del proceso social.

No casualmente la sociología moderna ha elaborado el concepto de "realidad social", que desde Durkheim se ha desarrollado hasta las formaciones de Berger y Luckmann: "La autoproducción del hombre es siempre, y necesariamente, una empresa social. Los hombres, unos con otros, producen un ambiente humano con la

totalidad de sus formaciones socioculturales y psicológicas... El lenguaje construye inmensos edificios de representaciones simbólicas que parecen planear sobre la realidad de la vida cotidiana... Nombrarlos es ya decir que, a pesar del máximo distanciamiento de la experiencia cotidiana que su construcción requiere, éstos pueden revestir una gran importancia para la misma realidad de la vida cotidiana"<sup>7</sup>.

Puesto que el texto literario utiliza la lengua para conformarse en escritura y es reconocido como tal cuando el lector, atravesándolo, extrae su potencialidad polisémica, es indudable que la ciencia de los signos resulta fundamental para llevar a cabo un conocimiento histórico y una actualización textual; pero el lenguaje (también el caracterizado por lo simbólico y por lo imaginario, como lo es el literario), en tanto que sistema de signos del que el hombre se sirve para representarse, forma parte del esquema de las organizaciones sociales y puede, por lo tanto, ser objeto de una investigación sociológica que afrontará su estudio como fenómeno de producción humana, y, consecuentemente, social. Por lo tanto, la literatura no está separada de lo social ni sometida completamente a ello, como cualquier otra superestructura pasiva, desde el momento en que con sus complejos condicionamientos se presenta totalmente como un microsistema en el interior del macrosistema social, en una serie de conexiones que pueden ser analizadas críticamente.

Desde el punto de vista estrictamente didáctico, la semiología, mediante el análisis textual de tipo lingüístico formal, ofrecerá una explicación de la organización semántica del hecho literario, mientras la sociología podrá explicar como éste se coloca en las estructuras ideológicas que toda sociedad produce y de las que derivan modelos sociales y modelos de interpretación del mundo. En este sentido, resultan útiles, a pesar de su esquematismo ideológico, las indicaciones proporcionadas por Renée Balibar en el volumen *Les français fictifs* (Paris, Hachette, 1974), en donde demuestra cómo "el discurso, o el lenguaje especial, y justamente el literario, no es ajeno a los conflictos ideológicos", y cómo la literatura, tal como es concebida en la enseñanza, se presenta como "solución en el plano de lo imaginario de las contradicciones ideológicas en la medida en que éstas se expresan en un lenguaje especial, diverso de la lengua común y, al mismo tiempo, dentro de ella"<sup>8</sup>.

Una perspectiva metodológica capaz de moverse funcionalmente en las interconexiones entre semiología y sociología, presenta la ventaja de mantener abierta la problemática de lo específicamente literario en el ámbito restringido del objeto por definir y de situarla en una relación dinámica con el uso social que de ello se hace.

Si es posible definir en el texto literario una serie de características autónomas que lo diferencian de otras formas de expresión lingüística y que son inmediatamente

caracterizadas por el hablante, es también cierto que, si no queremos caer en la metafísica cualitativa del mensaje literario o en el empirismo cuantitativo de la acumulación de textos, es necesario relativizar el concepto de literatura comparándola con las otras prácticas discursivas y culturales que una sociedad utiliza. Como recuerda Sanguineti, "la literatura no existe en <<*rerum natura*>> sino en <<*hominum historia*>>y, por tanto, debe ser definida dentro de su proceso dialéctico e histórico, el único espacio/tiempo en el que existe la posibilidad de eliminar el hiato entre definición del objeto y su comprensión.

Justamente la utilización del concepto de *sistema* en lingüística y en antropología cultural ha permitido a la semiótica literaria dar a lo específico literario un valor social equivalente, analizando la dinámica interna existente entre lo literario y lo social que se instaura cuando un texto, a través de la lectura, es puesto en relación con los códigos del sistema cultural e ideológico del lector, códigos que, a su vez, hacen referencia al contexto de la sociedad en la que el receptor está inmerso. El texto se relaciona así con otros lenguajes, otros comportamientos, otras informaciones, otros valores que constituyen las instancias culturales de una determinada colectividad y que, como tal, está sometido a una *metatextualización*.

Por lo tanto, si el circuito autor-lector no es reconducible a una mera relación fenomenológica, desde el punto de vista sociológico, la incidencia del sistema sociocultural en la experiencia literaria se puede verificar también en la organización semiótica del texto, al estar sometido todo idiolecto a los condicionamientos de un sociolecto, que es igualmente una forma textual de la ideología.

#### *La sociología de la literatura y la teoría de la recepción.*

La reflexión filosófica de la escuela de Francfort sobre el carácter social del arte, pero fundamentalmente la reflexión de Sartre (que localiza en el acto de la *lectura* el momento de síntesis entre producción y recepción, recuperando de este modo una cierta funcionalidad del mensaje literario que se explica en la dialéctica colectiva de autor-lector), ha acercado la sociología de la literatura a la problemática teórica que está en el centro de la estética de la recepción, desarrollada por la escuela de Costanza.

El punto de vista de la nueva formación surgida de las investigaciones de Jauss y de los estudios de Iser, Ingarden, Jurt, Van Gorp y Stierle, afecta al centro de gravedad de la comprensión textual. Mientras que éste, en el filón marxista de sello lukacsiano-goldmanniano se localiza en el autor y en la función referencial del texto como reflejo de la realidad (reflejo en mayor o menor medida determinista), o en la estética estructuralista, por el contrario, está centrado en el lenguaje y en su

autoreferencialidad, en la teoría de la recepción se sitúa fuera del texto, en el destinatario, que representa el momento último de un proceso dialógico de tipo intersubjetivo. Sin embargo, queda aún por definir la función (¿pasiva o activa?) que el destinatario desempeña en su relación con el texto escrito. Desde ciertos aspectos, la teoría de la recepción parece privilegiar el momento concreto de la recepción (el efecto de la lectura del texto sobre el lector) mientras desde otros, sobre todo en las contribuciones más recientes, concibe la literatura como procedimiento hermenéutico a través del cual el lector interviene de forma dinámica sobre la significación. Por ejemplo, el horizonte de espera del que habla Jauss es entendido, a veces, como una percepción colectiva homogénea de un vacío que espera verse colmado con el efecto de sorpresa de la obra literaria; otras veces, como potencialidad de relectura y reactualización de un texto, deshaciendo el lineal carácter historicista (el historicismo lineal) de las historias literarias. O bien, "el lector implícito" de Isser resulta inmanente al texto escrito que a su vez desempeña la función de estructura de reclamo para que se active una determinada modalidad de lectura, en la jaula de ausencias y malentendidos preparada por el autor, pero al mismo tiempo, ésta es sólo la máscara de un lector empírico más bien imprevisible en su respuesta al reclamo textual, puesto que su comportamiento individual estará determinado por códigos comunicativos completamente ignorados por el autor.

Desde esta perspectiva, la sociología de la literatura defiende con firmeza que la literatura no es más que una práctica social, diseminada y diversa por y entre los distintos individuos, que conecta el texto con la realidad cotidiana que con él interactúa productivamente. Es, por lo tanto, dentro de la pragmática cultural en donde el texto continuamente adquiere su significado último.

Justamente en este sentido, Zolkiewski ha subrayado que todo objeto cultural responde a dos funciones: una material y otra semiótica; en el caso del objeto literario, su función material es bastante pobre respecto a su función semiótica. Y, sin embargo, Zolkiewski ha llegado a demostrar que "basándonos en los rasgos de las estructuras sintácticas y semánticas, sin los datos pragmáticos, no podemos establecer las funciones semióticas reales (opuestas a las virtuales) y, en general, no conseguimos definir las funciones materiales"<sup>9</sup>.

En esta misma línea, justamente Zima, criticando en Jauss una excesiva idealización formal del horizonte de espera, señala cómo, por ejemplo la novela, aún como género específico, conlleva y esconde en su lenguaje todas las estratificaciones del discurso social y cómo puede, por lo tanto, ser estudiada en su función de proceso comunicativo colectivo.

Atenta a las conexiones entre cultura y sociedad, recientemente la sociología de la literatura tiende cada vez más a afrontar los problemas relativos a la gestión social del hecho literario como práctica de la comunicación.

Aceptando que la literatura (capaz de transformar mediante la escritura la contingencia en significativa) forma parte del gran esfuerzo de organización de la entropía que el hombre realiza escribiendo la propia experiencia, la sociología de la literatura defiende, no obstante, el carácter social y colectivo de la significación que siempre responde a una exigencia de esquematismo, de categorización, de la que el hombre se sirve para dar unidad al mundo de la praxis y que es elaborada mediante prácticas históricas. Pero la idea misma de literatura presupone la noción de tradición, puesto que es ésta la condición base de la naturaleza legible del texto. No hay comprensión si no hay tradición, de forma parecida a la redundancia del mensaje al presentarse como garantía de su naturaleza describable. La consecuencia de este nuevo punto de vista teórico es el rechazo de una interpretación totalizadora, "en el buen sentido del texto", como decía Goldmann y la negación del concepto de "lectura falsa" de Escarpit.

No existe ninguna lectura que pueda recoger todas las posibles lecturas, justamente por la altísima heterogeneidad en el modo de afrontar un texto literario. La diferencia no se encuentra entre una lectura verdadera y una lectura falsa sino entre una lectura simple, parcial, incompleta y una lectura compleja y sustentada por un cúmulo de saber histórico. Y no es cierto que una lectura parcial, privada de todo conocimiento histórico, no pueda tener igualmente una relevancia social. La misma crítica literaria no puede tener una justificación ontológica, sino dialéctica. Ésta se ve legitimada en la relatividad de su punto de vista y en la relatividad de su función literaria. Puesto que la literatura se coloca en un contexto social y está sometida a un juego de regulación, la legitimación nace cuando en el análisis de un texto literario se procede a la aplicación de reglas directrices de un ambiente, de una situación (la escuela, la universidad), aunque esto no quiere decir que no puedan darse otros sistemas de jerarquización predominantes en otros lugares de la sociedad.

El estudio de la literatura se presenta, por lo tanto, en toda su relatividad y en sus conexiones con el sistema social y cultural del que forma parte.

Pero llevar a la escuela estas modalidades de aproximación quiere decir desmantelar un proyecto educativo que en lugar de favorecer al individuo socializado, institucionaliza una *doxa* colectivizada y homogeneizada; quiere decir desacralizar la historia literaria, proponer un uso del hecho literario como hipótesis, como utopía y no como verdad.

Para hacer esto, reconozcámoslo, hace falta un poco de valor.

Alfredo Luzi.

- <sup>1</sup> - K. MARX- F. ENGELS, *Sul materialismo storico*, Roma, Editori Riuniti, 1949, p.78.
- <sup>2</sup> - G. LUKACS, *Scritti di sociologia della letteratura*, Milano, Mondadori, 1976, p. 158.
- <sup>3</sup> - L. GOLDMANN, *La sociologia della letteratura*, en *Marxismo e scienze umane*, Roma, Newton Compton, 1973, p. 58.
- <sup>4</sup> - Th. ADORNO, *Teoria estetica*, Torino, Einaudi, pp. 377-378.
- <sup>5</sup> - H. MARCUSE, *Ragione e rivoluzione*, Bologna, Il Mulino, 1966, p. 15-16.
- <sup>6</sup> - M. CORTI, *Inchiesta sulla storia letteraria*, Torino, Stampatori, 1978, p.32.
- <sup>7</sup> - P.L. BERGER- T. LUCKMANN, *La realtà come costruzione sociale*, Bologna, Il Mulino, pp. 64-79, (*fragmentos*).
- <sup>8</sup> - R. BALIBAR, *Les français fictifs*, Paris, Hachette, 1974.
- <sup>9</sup> - S. ZOLKIEWSKI, *La cultura letteraria. Semiotica e letteraturologia*, Bologna, Sigum, 1982, p. 26